

to; se vé en tí al caballero fiel á su palabra, como el águila al sol, como el acero al imán. Cumple todo lo que ofrece. ¿No es verdad, Regina?

REGINA. Prometió curarme y me salvó la vida.

JOB. Antes de mi fatal caída yo era como él; grave, puro, casto y altivo, como una virgen ó como una espada. Su noble semblante me recuerda á mi último hijo. Cuando Dios me lo concedió, creí que me había perdonado. Tendría veinte años ya. Figuraos qué alegría me daría un hijo en la vejez. Sin cesar iba yo á su cuna y le hablaba muchas veces hasta cuando estaba durmiendo, porque los viejos volvemos á ser niños. Por la noche le sentaba sobre mis rodillas y le hablaba de otros tiempos. Cuando cumplió un año, baluceaba ya graciosamente algunas palabras. Era inteligente y me conocía muy bien. Trataba yo de que fuese un héroe y le puse el nombre de Jorge. Un día... estaba el niño jugando en el campo y me lo robaron... Cuando seas madre no dejes que jueguen tus hijos lejos de tí. Me lo robaron unos judíos y una gitana, sin duda para degollarlo en alguno de sus aquelarres. Hace veinte años que lloro su pérdida lo mismo que el primer día. ¡Le quería con tanto delirio! Ahora tendría tu edad y sería hermoso é inocente como tú. Muchas veces cuando te miro exclamo: "Es él!"

Le abraza. GUANHUMARA aparece en el fondo y observa con cautela; JOB llora.

OFB. Señor conde...

JOB. Tú serás, pues, mi hijo. ¿Sabes qué quiero decirte con esto? Pues quiero decirte... que pasar toda la vida junto á un anciano que vá á hundirse en el sepulcro, sería muy triste para un manco gallardo y para una niña angelical, si á hurtadillas no pudieran verse y amarse, y adivinándolo el pobre viejo, no los casara.

REGINA. (Cielos!)

JOB. (A REGINA.) Quiero completar tu curación.

OFB. Qué decís, señor!

JOB. (A REGINA.) Tu madre era sobrina mía, y cuando murió te dejó encargada á mi custodia. Como ella, he visto desaparecer siete hijos, acaso los más valientes, entre ellos Jorge, mi última mujer y todos mis seres queridos. Tú á lo menos puedes ser feliz. Te doy mi bendición paternal y quiero que te enlaces con Ofberto, porque Haffo te deshojaría, delicada flor. Cuando iba á espirar tu madre, la dije: "Muere tranquila; desde

ahora tu hija es mi hija, y si fuera preciso, derramaría por ella mi sangre."

REGINA. Cariñoso padre!

JOB. Se lo juré. Tú, hijo mio, vé á la guerra, vé á ganar en ella con tu espada honra y hacienda: nada posees; pero te doy en dote mi feudo de Kammerberg, dependiente de mi burgo de Heppenheff. Como Anibal, como César y como Carlo-Magno, marcha á tu objeto sin vacilar. Yo he tenido dos nodrizas, mi madre y mi espada; soy bastardo de un conde, pero hijo legítimo de mis hazañas. Haz lo que yo hice (sin cometer mi crimen). Hace tiempo que quiero que emparente el arquero Ofberto, el franco arquero Ofberto, con el franco caballero Job. Los viejos no son tan malos como se cree. Ya veis, deseo arreglar vuestro enlace; pero temo á Haffo, que apelaría al puñal y... callemos. En mi aposento hay una puerta que dá á los fosos del castillo y que tiene una llave especial que yo guardo. Esta noche huireis por allí disfrazados... después, Ofberto, ya dispondrás tú.

OFB. Pero...

JOB. Rehusas? (Sonriendo.)

OFB. ¿Cómo he de rehusar, señor, al paraíso?

JOB. Entonces ya está todo arreglado... Ya sabes... al declinar el día... Yo impediré que Haffo os siga... Huid y os casais en Caub.

GUANHUMARA, que lo ha oído todo, se vá.

Ahora, hijos míos, que os proporciono la felicidad, me quedaré aquí solo.

REGINA. Dios soberano!

JOB. Qué será de mí cuando partais! No lloreis... Si llorais, me privareis del escaso valor que me queda... conque esperadme aquí. Ya sabes la puerta á que me refiero, y voy á traerte la llave.

Se vá por la puerta de la izquierda.

## ESCENA V.

OFBERTO Y REGINA.

OFB. (Justo cielo! ¡Todo se confunde en mi conturbado espíritu. ¡Huir con Regina y salir de este siniestro castillo! si esto es un sueño, no quiero despertar.) Conque es verdad que me perteneces? Huyamos, pues, sin aguardar á la noche; huyamos en seguida... Si supieras!... Allá lejos está el edén radiante... pero detrás de mí está el abismo. Huyo hácia la felicidad y huyo del crimen.

REGINA. Qué dices?

OFB. Nada temais, huiré... ¿Y mi juramento? Lo he jurado!... Qué importa! Huiré y Dios me juzgará. Ese anciano es tan augusto como bondadoso y debo obedecerle. Ven, partamos; todo nos favorece y nada impedirá nuestra fuga.

Durante los últimos versos ha vuelto á entrar GUANHUMARA por la galería del fondo, conduciendo á HAFFO, al que siguen los príncipes, los burgraves y los soldados. GUANHUMARA señala á los dos amantes y desaparece.

## ESCENA VI.

OFBERTO, REGINA, HAFFO, MAGNUS, los burgraves, soldados, luego el EMPERADOR y después JOB.

REGINA. Haffo!

OFB. Cielos!

HAFFO. (A los arqueros.) Apoderaos de ese hombre y de esa mujer.

OFB. (Tirando de la espada y con voz de trueno.) Te conozco, marqués de Haffo, y á pesar de la altivez de tu linaje, sé que solo eres un infame, un traidor y un vil; quiero saber ahora si se encuentra en tu corazón el miedo, ese fango vil que deja el vicio. Sospecho que eres un cobarde, y espero que todos estos caballeros van á tener ocasión de convencerse. Represento aquí, por su elección soberana, á Regina, baronesa del Rhin y condesa de Bravante, que te rechaza, que me corresponde y que quiere casarse conmigo. Te desafío, pues, á toda clase de armas, en campo cerrado, sin dilación, sin cuartel, á cara descubierta, á la orilla del río, donde se arrojará al vencido. Mata ó muere. (REGINA cae desmayada y se la llevan sus doncellas. OFBERTO detiene á los arqueros, que intentan apoderarse de él otra vez.) Atrás, que estoy hablando con esos señores. Escuchadme todos: en vuestra presencia abofeteo el rostro abominable de Haffo, y como arquero franco, ante los condes francos le arrojo el guante. (Le tira el guantelete.)

Entra el EMPERADOR, que se confunde entre los asistentes.

HAFFO. Te he dejado hablar, y ahora contéstame. ¿Quién eres para estar tan arrogante? ¿Eres hijo de rey, de duque, de conde ó de margrave para atreverte á retarme de ese modo? Dime cómo te llamas; pero acaso tú mismo lo ignoras. Te llamas el arquero Ofberto, pero mientras llamándote así. Yo voy á decirte quién eres y de dónde sales. Te llamas Jorghí Spadaceli, y no solo no eres noble, sino que es tu origen tan bajo y despreciable, que te dió á luz una esclava y naciste con el dogal al cuello. Quieres compararte conmigo! Si entre vosotros los caballeros y hombres de li-

naje quiere alguno batirse por él, acepto el desafío; pero tú, esclavo vil, vé á arrojar tu guante á los criados. (Dá un puntapié al guantelete de OFBERTO.)

OFB. Miserable! (Vá á arrojar sobre HAFFO y el EMPERADOR se adelanta y se interpone entre ellos.)

EMP. Haffo, tengo noventa y dos años, pero me batiré por él. Voy á tomar una espada. (Tira el báculo y toma de la panoplia una espada.)

HAFFO. (Riendo.) Faltaba un bufon en la fiesta y aquí está, señores. Paso del bohemio al mendigo. ¿Quién eres tú, bergante?

EMP. Federico de Suavia, emperador de Alemania.

MAG. Barbaroja!

Asombro y estupor general. Todos se separan con respeto, formando un gran círculo alrededor del EMPERADOR, que saca del pecho una cruz, que lleva pendiente del cuello, y la levanta con la mano derecha, mientras tiene la izquierda apoyada en el puño de la espada, clavada en el suelo.

EMP. Hé aquí la cruz de Carlo-Magno. (Pausa.) Yo, Federico, señor del monte en que nací, rey electo de los romanos, emperador coronado, porta-estandarte de Dios, rey de Borgoña y de Arlés, profané el sepulcro en que duerme Carlo-Magno; pero hice penitencia, pasé veinte años en el desierto orando y gimiendo de rodillas, viviendo del agua del cielo y de las yerbas de las rocas. El mundo entero me creía muerto; pero oí la voz de la patria que me llamaba, y salgo de la oscuridad á la que voluntariamente me desterré. Hora es ya de que levante la cabeza. Me reconocéis?

MAG. (Acercándosele.) Enséñame el brazo.

EMP. ¿Buscas la marca del hierro candente que me hicisteis en él? Aquí está.

Presenta el brazo desnudo á MAGNUS, que lo examina.

MAG. Declaro que es efectivamente el emperador Federico Barbaroja.

El estupor de los asistentes llega á su colmo; el círculo que forman éstos se ensancha.

EMP. Yo soy: en otros tiempos me oíais pasar por estos valles haciendo sonar la espuela de oro, y no ignorábais lo que mi espada valía. ¿Me reconocéis, burgraves? Yo soy vuestro señor, el que hizo temblar la Europa y renacer pujante la Alemania de Othon; el que aceptaron por soberano y juez inapelable dos Papas y tres príncipes rivales; el que concedió la corona á Suenon y la tiara á Victor; el que derribó el viejo tronco de Herman y venció sucesivamente en Tracia y en Icona al emperador Isaac y al califa Arlan; el que domó la Italia con sus cien ciudades; el que surge ante vos-

otros, apareciendo altivo y arrogante. ¿Me reconocéis ahora, bandidos? Vengo á decir que veo con dolor las desventuras del imperio; que voy á borraros del número de los vivientes y á aventar vuestras cenizas á los cuatro vientos. (Volviéndose hácia los arqueros.) Vosotros me obedecereis; cuento con vuestra ayuda, porque antes de que os condenaran á la vergüenza, me seguíais, á mí, que os conducía á la gloria. Muchos de vosotros recordareis á vuestro antiguo emperador. ¿No es verdad, veteranos? ¿No es verdad, camaradas? (A los burgraves.) A vosotros, incrédulos traidores, que oprimís á los pueblos, mi muerte os hizo renacer; pero gracias á Dios, vivo. Sin duda creéis ser caballeros por haber nacido de padres ilustres; pero imitais á vuestros padres? No. Vuestros padres luchaban con nobleza, acometían siempre cara á cara y frente á frente; arrostraban con impavidez, al són de los clarines, el empuje de huestes formidables; retaban á la luz del día á las armas imperiales sin contar el número, esperando intrépidos que se presentase el mismo emperador: en franca lid ganaban tierras, castillos y villas, y fueron tan notables sus hazañas, que al cabo de treinta años de guerras y de batallas, los pequeños llegaban á duques y los grandes á príncipes. ¿Y vosotros qué haceis? Como los chacales y como los quebrantahuesos, ocultos entre los matorrales, viles, mudos, acurrucados, con el puñal en la mano, á orillas de un camino, espiais en la oscuridad de la noche el paso de un viajero, y salís ciento para sorprender á un hombre solo. Dais el golpe y huís apresuradamente á vuestras madrigueras. ¡Y os atreveis á hablar de vuestros padres, de vuestros nobles padres, que eran conquistadores, mientras que vosotros sois facinerosos! (Los burgraves bajan la cabeza con expresion sombría de abatimiento, de indignacion y de espanto.) Precisamente elegís para desempeñar el oficio de bandidos la hora infausta en que Alemania espira. Hijos malvados de la patria, saqueais á vuestra madre en la gonia, y ésta, anegada en llanto, alza los brazos al cielo y con voz débil os maldice. Lo que la patria os dice en voz baja, yo os lo digo en alta voz: soy vuestro emperador, no vuestro huésped, y voy á ejercer mis derechos para castigaros. (Encarándose con determinados caballeros.) Marqués de Moravia y marqués de Lusacia, marchad á las orillas del Rhin; este no es vuestro sitio. Mientras estos bandidos os festejan, se oyen relinchar caballos hácia el Oriente,

y las hordas de Levante están á las puertas de Viena. Pronto á las fronteras! Y tú qué haces aquí, Gianílaro? Vuélvete á Génova, tu patria. Villgillisa, vete también, que aquí no hacen falta aventureros. Tú, Lupo, tan jóven como perverso, ya no eres nada aquí; anulo el homenaje de tus vasallos y los declaro libres. Y tú, conde Gerardo, que robaste el condado y el castillo á la condesa Isabel, sin replicarme, vete á Basilea, donde convocaremos la Cámara imperial para que te juzgue. (A los arqueros.) Soldados, al instante poned en libertad á los esclavos, y que con sus manos aten sus propias cadenas al cuello de esos burgraves. (A éstos.) No esperábais que el festin terminase así: con el vaso en la mano cantábais alegres vuestra corrupcion, mientras clavabais las uñas en vuestra presa, desgarrando á mi pueblo y repartiéndolos su carne y su sangre; pero de repente aparece en el antro inaccesible el vengador indignado; el emperador pone el pié en vuestra fortaleza y el águila se posa en medio de los buitres.

Todos se quedan sobrecogidos de consternacion. MAGNUS es el único que escucha al EMPERADOR sin turbarse y le mira con fijeza mientras habla; cuando termina, la fisonomia de MAGNUS adquiere la expresion de la alegría y del furor. JOB entró cuando empezó á hablar el EMPERADOR y está confundido entre los asistentes.

MAG. Sí, él es... Vive! (Aparta con gesto formidable á los soldados y á los burgraves, se dirige hácia el foro, salta la escalera de seis gradas, sube á la galería almenada y grita al exterior con voz de trueno:) ¡Triplicad los centinelas! Al torreon los arqueros! ¡A las murallas los honderos! ¡Armad la catapulta! Mil hombres á los fosos! ¡Dos mil en las almenas! ¡Arrancad el granito y los árboles y ese monte que aterra al mundo, y levantad un patíbulo digno de un emperador. (Bajando hasta el proscenio.) El mismo se entrega y queda preso en sus propias redes. (Se cruza de brazos y mira al EMPERADOR con insolencia.) Te admiro! ¿Pero dónde están los tuyos? ¿Dónde los secuaces del imperio? ¿Van á atronar la atmósfera tus clarines? ¿Van á tremolar en los aires tus pendones de guerra? Estás solo, César; ya no tienes ejército. Sé que sin ejército, solo, con la espada en la mano, tomaste á Tarso y á Cori, y un paso, un grito te bastaron para forzar á Génova, á Utrech y á Roma, y Como se te entregó, y tembló la Lombardia cuando tu soplo infernal hizo que se estremeciese en Milán el árbol de hojas férreas. Eso lo sabemos; ¿pero sabes tú quiénes somos nosotros? Hace poco llamabas á los arqueros veteranos y camaradas, pero ni uno

solo se ha movido. Es que aquí nada significas; aquí solo temen, aquí solo quieren á mi padre: aquí se sacrifican al conde Job antes que á Dios mismo. Aquí solo el huésped es sagrado para el bandido, y tú acabas de declarar que no eres nuestro huésped. (Indicando á JOB.) Este anciano es mi padre, que te marcó con el hierro candente, y que te conoce mejor por las huellas de tu humillacion que por el óleo sagrado con que ungieron tu frente: el odio entre vosotros es ya antiguo: pusiste á precio su cabeza, y él puso la tuya, y aquí se la has traído. ¡Federico de Hohenstanten, miranos bien á todos y tiembla!

Mientras que MAGNUS habla, el círculo de los burgraves se ha ido estrechando lentamente alrededor del EMPERADOR: detrás de éstos se ha alineado silenciosamente una triple línea de soldados armados y con la bandera del burgo. El EMPERADOR, rin retroceder ni un paso, tiene la multitud á raya. Cuando MAGNUS concluye de hablar, uno de los burgraves saca la espada.

UN BURGRAVE. ¡Devuélvenos nuestras fortalezas y nuestros burgos!

HAF. ¡Devuélvenos nuestros amigos muertos.

MAG. (Empuñando el hacha.) Ya que te atreves á salir de la tumba, volveré á precipitarte en ella, para que cuando el mundo diga: "Vive,, el eco responda: "Ha muerto,,.

Los burgraves, con las espadas levantadas, dan gritos formidables. JOB sale de entre la multitud y levanta la mano. Entonces todos callan.

JOB. (Al EMPERADOR.) Silencio! Señor, mi hijo Magnus os ha dicho la verdad; sois mi enemigo: irritado yo en la pelea, marqué en otro tiempo con un hierro á vuestra majestad. Os odio, pero quiero que Alemania renazca. Veo que se hunde en el abismo y que podeis salvarla, y me postro de rodillas ante el emperador que Dios conduce á mi castillo. (Se arrodilla ante BARBAROJA; despues dice á los príncipes y á los burgraves:) ¡Todos de rodillas y rendid al suelo las espadas! (Todos obedecen menos MAGNUS.) Sois necesario para la salvacion de la Alemania, ya que en sus vastos Estados hoy solo se encuentran dos alemanes; vos y yo. Pero somos bastantes. Reinad, señor. A estos caballeros les he dejado hablar; pero perdonadles, que son jóvenes. ¡De rodillas, Magnus! (MAGNUS vacila y al fin obedece. Él se levanta y dice á los arqueros:) Poned en libertad á los cautivos. (Los soldados obedecen silenciosamente y desatan las cadenas de los prisioneros, que durante esta escena han venido á agruparse en la galería.) Vosotros, burgraves, ataos sus cadenas, que el César lo manda, y yo seré el primero en obedecer. (Hace seña á un soldado para que le ponga una cadena al

cuello. El soldado se resiste, pero JOB se lo manda y obedece. Los demás burgraves se dejan encadenar.) Ya ves que te obedecemos, augusto emperador. En su mismo palacio el anciano Job queda tu esclavo y te ofrece la cabeza; pero si las frentes que el destino abate merecen alguna consideracion, cuando vayais á la guerra concedednos la gracia de poder seguir vuestros pendones y de afrontar á vuestros más fieros enemigos.

El capitán de los arqueros del burgo se adelanta hácia JOB y se inclina para recibir sus órdenes.

CAPITAN. Conde...

El CONDE le hace seña con la mano de que se dirija al EMPERADOR; el CAPITAN le obedece.

Señor...

EMP. (Señalando á los burgraves.) Llevadlos á las prisiones.

Los soldados se llevan á los burgraves, exceptuando á JOB. Cuando se queda solo con el EMPERADOR, éste se acerca á JOB y le quita la cadena. JOB queda estupefacto. El EMPERADOR le dice misteriosamente:

EMP. Fosco!

JOB. (Extremeciéndose.) Cielos!

EMP. (Poniéndose el dedo en la boca.) Silencio.

JOB. (Gran Dios!)

EMP. Vé á esperarme hoy donde vas todas las noches.

## TERCERA PARTE

### La Cueva Perdida

Subterráneo sombrío, de bóveda baja y arqueada, de aspecto húmedo y repugnante. Penden de las paredes algunos tapices roídos y viejos. A la derecha una ventana con reja, que tiene tres hierros rotos. A la izquierda un banco y una mesa de piedra toscamente tallados. En el fondo, y en parte oscura, una especie de galería, de la que se entrevén los pilares que sostienen los nacimientos de las archivoltas. Es de noche. Un rayo de la luna entra por la ventana y dibuja una forma recta y blanca en la pared opuesta. Al levantarse el telon, JOB está solo en la cueva, sentado en un banco de piedra y sumido en profunda meditacion. Tiene una linterna encendida á los piés.

### ESCENA PRIMERA.

JOB solo.

Qué es lo que me dijo el emperador? Qué es lo que yo le contesté? Sin duda no le comprendí. Desde ayer dudo y tiemblo, ando vacilante y como á la ventura; bajo mis plantas se borra mi camino, y veo los objetos tras un velo de niebla, y tiemblan ante mí como si estuviera soñando. El demonio juega con

los desgraciados. En nuestro corazon, cuando la virtud duerme, el crimen nos hace soñar, cuando somos jóvenes, en los triunfos, y cuando somos viejos, en el castigo; dos sueños colocados en los dos extremos de la suerte. El primero miente, el segundo no sé si me dice la verdad. (Pausa.) Lo único que sé cierto es que Federico Barbaroja es mi señor, es el dueño de mi castillo: en cambio he salvado á Alemania. (Pausa.) El emperador y yo éramos fantasmas el uno para el otro, y nos mirábamos deslumbrados como dos gigantes de un mundo desvanecido. Quedamos solos los dos sobre el abismo; constituimos la doble y sombría cima del pasado; el nuevo siglo todo lo ha sumergido, pero sus olas aun no han cubierto nuestras frentes, por estar muy erguidas y muy altas. Uno de los dos vá á caer: ese seré yo. Mañana el Rhin, mi padre, referirá al mundo aleman este prodigio y este hundimiento y cómo acabó el gran duelo entre Job y Barbaroja. Mañana no tendré ya hijos ni vasallos. (Pausa.) ¿Y ha de sucumbir el conde Job?... Cállate, orgullo, cállate, ya que estás al borde de la tumba. (Pausa.) Bajo esta bóveda, desde aquel dia nefasto, ha trasporado mi crimen, gota á gota, el sudor de sangre que se llama remordimiento. Aquí hablo al oido de los muertos. Desde entonces el insomnio se ha apoderado de mí todas las noches, y las paso viendo circular ante mis ojos dos sombras chorreando sangre. (Pausa.) El mundo me juzga grande, y ha tenido fijas sus miradas la Europa en esta cumbre que ocupa el bandido, que cede agobiado al peso de los años. Los pueblos me creían ébrio de mis triunfos; pero de noche, durante sesenta años, doblaba aquí las rodillas, haciendo penitencia, y en este escondite los pueblos no veían la falsedad de mi grandeza. Sonaban los clarines, y yo, con la bandera alzada, era conde del imperio y leon en mis montañas; pero en mi interior mi crimen, mordiéndome el corazon, me gritaba: Miserable! Donato! Ginebra! No me ha bastado orar y arrepentirme: conozco que no me han perdonado, porque me siento condenado y maldito. Nada me queda ya en el mundo: mis hijos están degradados; perdí á mi Benjamin, me separaré de Ofberto y de Regina... mi único recurso es morir. (Saca un puñal del cinto.) En esta hora suprema te suplico que me perdones, Donato. Job no existe ya: solo vive Fosco. ¡Perdon para Fosco!

UNA VOZ. (Desde fuera.) Caín!

JOB. (Turbado.) Parece que me contesta el eco. El que me habla será del otro mundo, porque nadie más que yo sabe cómo se entra en esta cueva. Los que lo sabían murieron hace sesenta años. ¡Perdon para Fosco!

LA VOZ. Caín!

JOB. (Extremeciéndose.) Esto es asombroso! ¡Sombra ó fantasma, seas quien fueres, hiéreme! Deseo morir antes que oír otra vez el eco horrible de este oscuro subterráneo, que me contesta cada vez que nombro á Fosco.

LA VOZ. Caín! Caín! Caín!

JOB. Gran Dios! ¡Me flaquean las rodillas! ¡Mi dolor, trocándose en locura, acaba por embriagarme con vino del infierno! Oigo dentro de mí la amarga risa del remordimiento. ¿Quién eres, fantasma? Háblame si quieres, que yo te contestaré.

Una mujer, con velo y vestida de negro, sale por detrás del pilar de la izquierda y aparece en el fondo con una lámpara en la mano.

## ESCENA II.

JOB Y GUANUMARA.

GUAN. ¿Qué has hecho de tu hermano?

JOB. Quién es esta mujer?

GUAN. Una esclava en el castillo y una reina aquí. Conde, á cada cual le llega su turno. Sabes que es doble este castillo y que en sus cimientos se encuentran muchos antros: te pertenece todo lo que el sol ilumina, pero á mí me pertenece todo lo que la sombra oculta. Te tengo, pues, en mis manos y no te puedes escapar.

JOB. Pero quién eres?

GUAN. Voy á contarte una breve historia. Era el año... muchísimo tiempo ha pasado desde entonces... los que ahora cuentan cien años tenían entonces treinta; estaban allí dos amantes... (Indicando un ángulo de la cueva.) Era una noche de Setiembre, como ésta. Un rayo de la luna, penetrando allí dentro, proyectaba en el muro sus sombras, como ahora. De pronto, con la espada en la mano...

JOB. Basta! Basta!

GUAN. Sabes la historia? Pues bien; el sitio en que Donato cayó muerto es éste, Fosco. (Indica el banco de piedra.) El brazo del asesino es éste. (Coge el brazo á JOB.)

JOB. Mátame, pero calla.

GUAN. Por esta ventana arrojaron al

torrente al escudero Sfrondati y á Donato su señor; y para que pudieran pasar los cuerpos, uno de los verdugos rompió tres barrotos con su mano de acero. Aquella mano es esta.

Cogiéndole la mano á JOB.

JOB. Ten piedad de mí!

GUAN. También entonces pedía piedad una mujer, mesándose el cabello entre agonías de muerte; pero el asesino, sordo á su lloro y riendo con satánica alegría, le puso en el pié el anillo de sierva.

Asoma el pié desnudo y enseña el anillo remachado en él.

JOB. Ginebra!

GUAN. Ese es mi nombre, que el destino me cambió por el de Guanhumara; y la edad, viento que hiela y arruga, convirtió á la hermosa jóven en espectro lívido. (Levantándose el velo.) Vas á morir.

JOB. Eso es lo que deseo y te doy las gracias.

GUAN. No me lo agradezcas tan pronto. Tu hijo Jorge vive.

JOB. Es cierto lo que dices?

GUAN. Yo fui la que te lo robó.

JOB. Tú!

GUAN. Sí; llevaba este collar al cuello.

Saca del pecho y arroja al suelo un pequeño collar de oro y de perlas, que JOB recoge y besa con transporte.

JOB. Te suplico de rodillas que me permitas verle antes de morir.

GUAN. Le verás; él vendrá á clavar el puñal en tu corazon.

JOB. (Horrorizado.) ¿Le has convertido en algun monstruo para confiar en que un hijo mate á su padre?

GUAN. Tu hijo es Ofberto.

JOB. Ofberto! Entonces bendigo mi desgracia. Es noble y generoso y encierra la virtud en su alma: no cuentes con él para ninguna accion vil.

GUAN. Escucha. Gozabas tú de la luz del dia mientras yo avanzaba hácia tí en la oscuridad, y ahora despiertas, Fosco, preso en los anillos de la serpiente. Mientras hablabas con el emperador hace poco, estaba yo con Regina y la dí á beber un filtro de poderosa virtud.

Por el fondo de la galería pasan dos enmascarados llevando un ataúd cubierto con un paño negro; JOB corre á su encuentro; ellos se paran.

JOB. Un ataúd! Levanta el paño y exclama sorprendido.) Regina! (A GUANUMARA.) ¡La has asesinado, fiera!

GUAN. No; está muerta para todos, pero para mí dormida. Cuando yo quiera despertará.

JOB. Qué pides por despertarla?

GUAN. Tu vida. Ya lo sabe Ofberto,

TOMO III.

y él tiene que elegir. (Extendiendo la mano derecha sobre el féretro.) ¡Juro por el eterno rencor que nos deja el agravio, por Córcega, por el frio esqueleto que yace en el torrente, que este ataúd no saldrá vacío de aquí.

Los encubiertos que llevan el ataúd se van por la izquierda.

El ha de elegir entre tu vida ó la suya.

JOB. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Qué horror!

GUAN. Si tú mueres, Regina vivirá.

JOB. No temo morir, pero no obligues á un inocente á que cometa un crimen; satisfácese con una sola víctima. ¿Pretendes que entre aquí Ofberto puro y sin mancha y que salga marcado con la horrenda señal de Caín, que llevo yo en la frente? No, eso no es posible: satisfágate el hábarmelo robado para servir tus planes de venganza, á mí, que no tenia otro consuelo en el mundo, y cuando mi vida caminaba á su ocaso. Tú le criaste. Tú viste abrir sus ojos de águila interrogando á la vida, viste cómo su frente buscaba el calor de tu seno, y es tan hijo tuyo como mio. Con lo que su pérdida me ha hecho sufrir, Ginebra, estoy ya harto castigado. No cometas otra maldad peor que la que yo cometí: no manches un alma limpia y pura. Si en tu pecho late el corazon...

GUAN. No tengo corazon ya: tú me lo arrancaste.

JOB. Quiero morir, pero no por su mano.

GUAN. Aquí el hermano mató al hermano; aquí el hijo matará al padre.

JOB. (Arrojándose de rodillas á sus piés.) ¡Concedeme, por Dios, lo que te pido!

GUAN. También yo te rogaba; también yo, de rodillas, llorando y desesperada, te suplicaba que perdonaras á mi pobre Donato; pero tú me rechazaste, diciéndome con sarcástica sonrisa: "Véngate de mí si puedes." Pues ya ha llegado la hora de mi venganza.

JOB. Véngate de mí, pero no deshonoras á mi hijo, ya que solo yo fui el culpable. Sabes que te amaba con locura y que el demonio de los celos me mordía el corazon.

GUAN. Calla! Es impío que entre tantos crímenes te atrevas á invocar el sagrado nombre del amor. Si quieres que no me vengue, fratricida, devuélveme á tu hermano.

JOB. (Levantándose con sombría resignacion.) ¿Ofberto sabe que vá á matar á su padre?

GUAN. No; solo por salvar la vida de

Regina te herirá, sin saber á quién hiere; cúbrete el rostro si te place. (Se quita el velo y se lo arroja.) Esto es todo lo que te permito.

JOB. (Recogiéndolo.) Gracias.

GUAN. Oigo pasos. Encomiéndate á Dios, que es él. Me retiro, pero oiré todo lo que hables. Tengo á Regina en mi poder, conque terminad pronto.

Se vá en la misma direccion que llevó el ataud.

JOB. Justos cielos!

Cae de rodillas junto al banco de piedra. Se cubre la cabeza con el velo y permanece inmóvil en actitud de orar. Entra por la galería de la derecha un hombre vestido de negro y enmascarado, con una antorcha en la mano. Hace una seña para que entre alguno que le sigue, y aparece OFBERTO, pálido y espantado. El hombre que le guió hasta allí desaparece en seguida.

### ESCENA III.

JOB Y OFBERTO.

OFB. A dónde me han traído? ¿Qué lugar sombrío es este? Desapareció el enmascarado. Me extremezco y se apodera de mí el vértigo... Allí en la oscuridad distingo un ser viviente... Me hiela el sudor del crimen... Será esa la víctima? ¿Será ese el desgraciado Fosco á quien he de inmolarse?—Quien quiera que seas, contéstame. Sabed que yo no os aborrezco, que yo mismo me espanto de la accion que voy á cometer, y que todo lo que me sucede es para mí incomprendible arcano. Por qué permanecéis silencioso? Responded: ¿acaso sabéis que yo no soy asesino y que mi brazo sirve de instrumento á una venganza horrible? ¿Conocéis á mi amada Regina? Ahí está inerte, envuelta en una mortaja, pero viva si os hiere mi mano y muerta si no os hiere. Tened piedad de mí! Decidme que perdonais á vuestro verdugo el bárbaro sacrificio que os prepara. ¡Infeliz anciano, perdonadme!

JOB. (Levantándose y arrojando el velo.) ¡Ofberto! Hijo mio! (Le abraza.)

OFB. El conde Job!

JOB. (No puedo resistir á esta emocion; el alma se me vá tras él; soy un viejo flaco y débil y no quiero morir sin abrazarle.) (Le abraza.) ¡Ofberto, ven á mis brazos! Hace seis meses que estás siempre á mi lado y aun no te he visto bien... Lo creerás?—Qué gallardo es! Tiene ya veinte años!—Déjame besar tu frente y moriré resignado. En mi aposento encontrarás la espada que yo siempre usé. Te la lego, y serán para tí mi hacha, mi escudo y mi lábaro victorioso. ¡Bendito seas, Dios mio! Colmadle de beneficios; que goce de larga, pero de

tranquila vida, y que numerosos hijos sean el báculo de su vejez.

OFB. Señor!...

JOB. Ya no tengo vasallos, ni familia; ya no soy padre ni soberano; por salvar la Alemania he entregado al emperador todo lo que posea; soy viejo y quiero morir; espero que me prestes este supremo servicio.

OFB. (Espantado.) Yo! No os he dicho que voy buscando en este subterráneo á un hombre...

JOB. Buscas á Fosco, que soy yo.

OFB. (Retrocediendo.) Vos! ¡Fantasmas pálidos, demonios que me cercáis, es Fosco el amo noble á quien sirvo, á quien venero y á quien respeto! ¡Guerrero indomable, semidios del Rhin, tu cabeza es sagrada para mí!

JOB. Al contrario, es preciso que me allanes la entrada del sepulcro; porque has de saber que soy un malvado y que allí te está esperando Regina, tu futura esposa, á la que has jurado salvar. ¿Consentirás que tu tálamo se convierta en tumba? No serás tan inhumano; sálvala.

OFB. (Extraviado.) ¿Creeis que debo salvarla?

JOB. No lo dudes ni un momento. Yo soy ya decrépito, próximo á morir, más bandido que héroe, y ella es la inocencia, la virtud, la juventud y el amor, que esperan de tí la felicidad.

OFB. Gran Dios!

JOB. Si me matas, nos libras á los dos.

OFB. (Cogiendo el puñal.) Pues bien...

Retrocede.

JOB. Qué te detiene?

OFB. (Envainando el puñal.) Me ocurre una idea horrible. Vos mismo me habeis referido que en la vejez Dios os concedió un hijo, que os robó una gitana; tambien á mí me robó una mujer en la edad infantil... Si fuérais vos mi padre!...

JOB. (Cielos!) El dolor te extravía; no eres aquel niño, no, te lo aseguro.

OFB. Vos, sin embargo, me llamais siempre hijo.

JOB. La costumbre... Y como esa palabra es tan tierna... y yo te profeso tan gran cariño...

OFB. Dentro de mí oigo una voz que me dice...

JOB. Esa voz miente, esa voz te engaña.

OFB. Si yo fuera vuestro hijo!

JOB. Unos judíos mataron á mi hijo en un festin y se atrevieron á presen-



¡ REGINA !

*A. Cantu Jarrigui*

tarme su cadáver. Te lo he dicho esta mañana.

OFB. No.

JOB. Recuérdalo y créeme. Tranquilízate, hijo mio... te llamo hijo por costumbre... Si fueras mi hijo no me prestaría á este sacrificio.

VOZ FUERA. Regina no puede esperar más de un cuarto de hora.

OFB. Regina!

JOB. Quieres que ella muera?

OFB. Callad, callad; mi frente arde, tengo fiebre; en este antro fatal se respira el aire infecto del crimen. ¿Tendrá todavía sed de sangre?

JOB. (Poniéndole el puñal en la mano.) Sí.

OFB. No me tenteis! Ved que mi juicio se trastorna; ved que mis piés se resbalan en el abismo; un solo paso me separa de sus bordes, y si lo doy...

JOB. Dalo; castiga al culpable y salva al inocente.

OFB. ¿No veis que arma mi mano el puñal y que esa pantera está acechando á la víctima?

JOB. Es hora ya de que expie mi crimen: Donato tambien me suplicaba y fui impio con él. Ofberto, no tengas de mí compasion, que yo no tuve piedad de él.

OFB. (Levantando el puñal.) Entonces...

JOB. (Arrodillándose.) Fui un mónstruo; mátame, que yo tambien maté á puñaladas á mi hermano.

OFBERTO, fuera de sí, al ir á descargar el golpe, siente que le detienen el brazo: se vuelve y reconoce al EMPERADOR.

#### ESCENA IV.

Dichos y el EMPERADOR, luego GUANHUMARA y despues REGINA.

EMP. Que soy yo.

OFBERTO deja caer al suelo el puñal. JOB se levanta y contempla al EMPERADOR; GUANHUMARA asoma la cabeza por detrás de un pilar y está en acecho.

JOB. Vos!

OFB. El emperador!

EMP. Nuestro padre y rey me ocultó al mundo en tu propio castillo, ignoro con qué objeto.

JOB. Sois mi hermano!

EMP. Ensangrentado, mal herido, pero con vida, me suspendiste fuera de esos barrotes y me dijiste: "Tú á la tumba y yo al infierno.". Oí en el aire esas palabras y caí en el abismo.

JOB. Es verdad. ¡El cielo desbarató mi crimen!

EMP. Me salvaron unos pastores.

JOB. (Cayendo á los piés del EMPERADOR.) Estoy á tus plantas y confieso mi iniquidad: castigame, véngate.

EMP. No, hermano mio, abracémosnos. Es lo mejor que se puede hacer á las puertas del sepulcro. Te perdono! (Lo levanta y lo abraza.)

JOB. Dios misericordioso!

GUAN. (Avanzando.) El puñal cae de mis manos desde el momento en que Donato vive y puedo espirar á sus piés. Os devuelvo los séres que mi mano queria arrebataros. A tí, Job, tu hijo Jorge; á tí, Ofberto, tu esposa Regina.

Hace una señal y aparece REGINA, vestida de blanco, en el fondo de la galeria de la izquierda, sostenida por dos enmascarados. Vé á OFBERTO, dá un grito y corre hasta él, cayendo en sus brazos.

REGINA. Cielos! (OFBERTO, REGINA y JOB se abrazan estrechamente.)

OFB. Padre mio!

JOB. Dios clemente!

GUAN. (En el foro.) A mí me toca morir: sepulcro, ábrete! (Se lleva una redoma á los labios: el EMPERADOR se acerca á ella rápidamente.)

EMP. Qué haces?

GUAN. Juré que el ataud no saldria vacío de aquí y cumplo mi juramento.

EMP. Ginebra!

GUAN. (Cayendo á los piés del EMPERADOR.) Donato, adios. Este veneno es muy activo. (Muere.)

EMP. Yo parto tambien. Job, quiero que reines en el Rhin.

JOB. Quedaos aquí, señor.

EMP. No; miro próximo el fin de mi vida y tengo ya un sucesor. Ahora mismo un heraldo del imperio me acaba de anunciar que las provincias de Spira han elegido emperador á mi nieto Federico. Le dejo libre el trono y vuelvo á mi soledad. Adios! Vive, reina y sufre, que los tiempos son difíciles. Solo quise, antes de morir abrazado á la cruz, extender mi mano suprema y tutelar otra vez, como rey, sobre mi pueblo, y como hermano, sobre tí. Cualquiera que haya sido nuestra suerte en el mundo, cuando vá á sonar nuestra última hora, es dichoso el que puede bendecir.

JOB. Y grande el que sabe perdonar.

Todos caen de rodillas ante el EMPERADOR, que los bendice. Cae el telon.